

SAN PEDRO JULIAN EYMARD

**INSIGNE APOSTOL DE LA EUCHARISTIA
Y FUNDADOR DE LOS RELIGIOSOS Y DE LAS
SIERVAS DEL SANTISIMO SACRAMENTO**

LA SAGRADA COMUNION

**Puntos de adoración sobre la Comunión y
la vida de unión con Jesús Sacramentado**

Se recomiendan las Obras Eucarísticas completas de
S. Pedro J. Eymard:

- La Presencia real,
- La Sagrada Comunión,
- Directorio de los afiliados,
- Ejercicios Espirituales ante J.S.,
- La Eucaristía y la perfección religiosa.

De venta en: Ediciones Eucaristía. c/ A. Sainz de Ba-
randa, 3 - 28009 MADRID.

**Serie
Grandes Maestros
N.º 17**

**APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 Sevilla**

Con licencia eclesiástica
ISBN:84-7693-202-2
Depósito Legal: B-23514-1992
Printed in Spain

PROLOGO

ESTA nueva serie de escritos de san Pedro Julián Eymard consta, lo mismo que la primera, de notas y apuntes encontrados entre sus manuscritos o tomados mientras él hablaba por discípulos de cuya fidelidad no cabe dudar. Son como la quintaesencia de su predicación sobre la Eucaristía considerada como mantenimiento de nuestra vida sobrenatural y como medio soberano de unión de nuestras almas con el Amado.

Más que un tratado sobre la Comunión, lo que aquí ofrecemos a los enamorados de Jesucristo sacramentado son puntos de meditación que han de desenvolverse en la adoración a los pies de nuestro Señor. Como muy bien se ha observado, Pedro Julián no parece sino que habla por axiomas; no se detiene en dar pruebas de lo que dice, sino que se contenta con enunciar; diríase que cuanto dice lo recibe directamente del Espíritu santo, no haciendo por su parte más que transmitirlo fielmente y de un modo apropiado a nuestras inteligencias. Desempeñando perfectamente el oficio de precursor del reinado eucarístico, que fué el suyo, trazó el plan y echó los cimientos de una devoción a la Eucaristía que abarca la existencia entera y viene a ser principio propulsor, meta suprema de la vida cristiana. Quiso Dios que fundara una sociedad religiosa que, comprendiendo con sus diversas ramas todos los estados y todas las condiciones, tiende a realizar esa obra por excelencia que es el reinado del santísimo Sacramento en las almas y en las sociedades humanas.

Quien haya leído todos los escritos del autor no podrá por menos de reconocer que indica todos los puntos de la devoción eucarística, tratándola en todos sus aspectos. Y esta muchedumbre de puntos de mira y la amplitud de horizontes que descubre no dañan en nada a la unidad de su obra, que es sencillamente admirable. Para este sacerdote de la Eucaristía el santísimo Sacramento lo es todo, porque es Jesucristo mismo: *Omnia et in omnibus Christus* (1).

Esta SERIE contiene más de veinte meditaciones sobre la sagrada Comunión. También se encontrará en ella un direc-

(1) Coloss., III, 11.

torio práctico, para debidamente prepararse a comulgar, así como para dar gracias. Hanse añadido algunos métodos para participar bien en la santa misa, la cual, a más de comprender la Comunión como parte integrante, suele ser la única preparación de muchos a quienes cuidados de familia o quehaceres ineludibles apenas dejan algunos momentos libres.

Se considera después la belleza y bondad de la Comunión, mostrándonos el autor cómo ella nos levanta, nos ennoblece y hace subir a la vida divina, a la unión con Dios.

Unión de vida, de pensamientos, de afectos, de juicio con Jesucristo sacramentado; pero unión constante e inseparable, tal es el blanco a donde se dirige toda la dirección del apóstol de la Eucaristía. Por eso no hemos creído desmentir el título de la SERIE el insertar en él cuanto de más bello y expresivo hemos encontrado entre sus escritos sobre la vida de unión. Porque sin salto alguno, y como por pendiente natural, se pasa de la Comunión sacramental a la espiritual. No otra cosa que Comunión perpetua debe ser la vida cristiana.

En cuanto nos es posible vamos cada mañana a tomar el alimento de nuestra unión con nuestro Señor, lo que constituye su fuerza y dulzura: es preciso, empero, que la Comunión se prolongue durante el día, que su benéfica influencia nos domine, nos siga y nos conduzca hasta la del día siguiente: hay que vivir en una atmósfera de Comunión. Creer que la Comunión se acaba con la acción de gracias, hecha durante algunos instantes, es no comprender bien los designios de nuestro Señor. El momento de este divino convite en que se nos da a comer su cuerpo y su sangre a beber es, sin duda, el más hermoso y dulce de la vida; pero no pasa de ser un momento. Lo que tenemos de hacer es prolongar sus saludables efectos. Porque aun cuando cese la presencia del cuerpo de Jesucristo nos queda la de su espíritu, y también la del Padre, por lo mismo que amamos a su Verbo; y de tal manera, que la santísima Trinidad habite y se manifieste en nosotros con más amor, santificándonos con mayor eficacia.

Pues la Eucaristía es alimento, más allá del acto de comer deben extenderse sus efectos; y así como el alimento natural, una vez comido y digerido, nos mantiene y hace vivir con vida más pujante, así también, mucho después de comido, debe el maná celestial hacer sentir sus efectos. En suma, parecemos que la vida cristiana se compendia en estos dos términos: comulgar con el cuerpo de Jesucristo sacramentado y vivir de unión con el alma y con el Espíritu de Jesús. La

Comunión que no va seguida de la vida de unión con nuestro Señor, o no produce fruto o lo produce muy escaso.

El fundamento de la vida de unión es el estado de gracia, y toda alma enriquecida con la gracia santificante es rama unida a la divina cepa y nutrida de la savia del Espíritu santo; basta la caridad para hacer de nosotros templos suyos y miembros vivos de Jesucristo. Ahora, para conservarse y crecer, necesita el estado de gracia, como todo hábito, de alimento y ejercicio, que encontramos en la unión actual, en las aspiraciones de cada instante; los actos de amor multiplicados, las miradas inflamadas al Amado constituyen la fuerza del estado de gracia, garantizan su duración y aseguran su fruto. Como no se renueva a menudo tornándolo vivo y eficaz por medio de la Comunión espiritual, el estado de gracia languidece y no produce nada; y con ser tan rico el fondo sobrenatural que poseemos, pues no es otra cosa que Dios mismo, el Espíritu Santo, con todos sus dones, no producimos más que frutos naturales.

¡Cuántas almas hay que viviendo puras del pecado mortal y siendo, por consiguiente, moradas del Espíritu santo, y pudiendo servirse de El para ganar tesoros infinitos de gracias, le dejan con todo inactivo y ni siquiera sospechan lo que poseen ni lo que son gracias a El!

Y, sin embargo, el Espíritu de Dios es de suyo activo, continuamente nos inspira afectos de amor, y corresponder fielmente a estas mociones del corazón y de la voluntad es vivir de una vida celestial, angélica, de la misma vida de Dios.

En la santísima Trinidad, el Padre conoce a su Hijo y le ama con amor incesante, continuo, infinito; durante la vida mortal del Salvador el alma de Jesucristo andaba constantemente fija en la divinidad que veía sin velos, asistíale el Espíritu santo e inspirábale actos del amor más heroicos hacia nosotros y de la más absoluta abnegación por la gloria de su Padre.

La santísima Virgen fué prevenida desde el primer instante de su concepción con dulzuras de celestial bendición, y cada uno de los minutos de su vida iba marcado con un acto de amor y de entrega total de sí misma a Dios.

Y san Pablo, apremiado con inspiraciones incesantes, ardientes y consumidoras del Espíritu de Dios, e incapaz de desistir sin morir a sus violencias, exclamaba: Charitas Christi urget nos.

Así han sido todos los santos: su vida era una serie no

interrumpida de actos de amor; todas sus acciones eran un homenaje a la voluntad divina, continuamente estaban al habla con Dios presente dentro de sí.

A esto ha de llegar quien tiene la dicha de comulgar a menudo; mas aún es ésta una obligación de todos los cristianos, porque si el Espíritu santo, la santísima Trinidad está en ellos, no pueden descuidar tamaño tesoro y un medio tan poderoso de santificación sin causarse muy grave daño. ¿Cómo pensar que estos actos de amor inspirados por el Espíritu santo al alma fiel, a cada instante del día, en medio de las ocupaciones de la vida más laboriosa, son dignos del cielo, aumentan nuestra gloria y un día han de brillar en nuestra corona cual perlas deslumbradoras, sin escuchar la voz del Espíritu santificador, ni darse de lleno a la vida de unión?

Es de ver lo que Eymard dice sobre el hábito de recogimiento y de oración, que con el estado de gracia es la condición esencial para la vida de unión con Jesucristo. Y nótese bien que estas enseñanzas no son solamente para religiosos o religiosas abrigados tras los muros del claustro y consagrados por estado a la vida de perfección. Sus enseñanzas iban dirigidas a los fieles, no menos que a los religiosos presentes.

Por eso, ofrecemos esta segunda SERIE a todas las almas piadosas que oran, comulgan y visitan al santísimo Sacramento, las cuales son, por fortuna, numerosas en la Iglesia, y constituyen en el mundo la flor de las parroquias y el más sólido apoyo de todas las buenas obras.

¿Y no deben vivir también de amor y de unión con el Amado esas vírgenes cristianas a quienes nuestro Señor no ha dado inclinación a la vida religiosa, o que, habiéndola recibido, no pueden corresponder a la misma por razones que se imponen a su voluntad y exceden a sus fuerzas? Las vocaciones son variadas: al lado de las flores, que cultivan con amor privilegiado en el retirado jardín de la vida monástica, tiene el Señor otras no menos bellas y puras que le agradan en el mundo; tiene azucenas entre espinas, que exhalan perfume de sacrificios, de combates sostenidos y de victorias logradas, bien dignas por cierto de sus miradas y de su corazón; tiene ángeles de Dios que viven en el mundo y no son del mundo, todos los cuales son vivos testimonios de que la divina gracia santifica las almas como le place y donde le place.

Este libro será también útil a esas cristianas madres de familia que educan a sus hijos para Dios y saben que su tarea consiste en hacer de los mismos otros tantos Cristos; pe-

netradas de los pensamientos que encierra llevarán a sus hijos a la devoción al santísimo Sacramento, a la Comunión frecuente, haciéndoles ver que la Eucaristía es el manantial de la pureza, de la santidad, del valor y del honor.

En una palabra, ofrecemos estas páginas a todo el que quiera santificarse, sean cuales fueren sus ocupaciones, trabajos y estado. El recogimiento en la bondad de Jesús sacramentado se compagina con todo y a nada daña, como no sea a la pereza espiritual; no acertaríamos a comprender que hubiera de trabajarse menos activamente, que las labores mentales o manuales hubieran de ser menos perfectas por haberlas ofrecido a Nuestro Señor antes de comenzarlas y por renovar con más amor todavía este don al ejecutarlas.

Pero nadie se llame a engaño respecto del carácter de esta obra. No es un tratado de vida interior, de la que no trata más que un punto, o sea la Comunión y el recogimiento. Además, estas meditaciones no guardan entre sí otra conexión que la de tratar asuntos agrupados por razón de cierta analogía: hay meditaciones que explican la precedente y hacen penetrar mejor su significado; pero ninguna hay que sea desarrollo riguroso y lógico de otra.

No dudamos de que los amantes españoles o de lengua española del Amor de los amores saborearán con agrado las consideraciones de san Pedro Julián Eymard, tan empapadas de amor, y sus consejos, dictados por una experiencia consumada en las vías del Señor; en ellos encontrarán luz para su dirección espiritual. Lo que por encima de todo quisiéramos es que comprendieran todos bien que para santificarse hay que vivir de la Eucaristía y para la Eucaristía, y que la santidad no es acá abajo otra cosa que la Comunión sacramental y espiritual con Jesús sacramentado, del propio modo que la bienaventuranza del cielo no es sino la comunión con Jesucristo glorioso.

EL ESPIRITU DE LA COMUNION

*Dilata os tuum et implebo
illud.*

“Da rienda suelta a tus deseos, que yo los llenaré.”

(Ps., LXXX, 11.)

EN la inefable unión que con el que comulga contrae, llega el amor de Jesucristo al último grado de perfección y produce copiosísimas gracias, por lo que debemos aspirar a la Comunión, y a la Comunión frecuente y aun cotidiana, por cuanto de bueno, santo y perfecto puedan sugerirnos la piedad, las virtudes y el amor.

Como la sagrada Comunión es la gracia, el modelo y el ejercicio de todas las virtudes, puesto que todas se practican en esta divina acción, mayor provecho sacaremos de ella que de todos los demás medios de santificación.

Mas para ello menester es que la sagrada Comunión llegue a ser el pensamiento que se adueñe de nuestra mente y de nuestros afectos, el intento a cuya consecución se encaminen el estudio, la piedad y las virtudes todas: el fin de la vida entera, como también la ley que la rija, debe ser la recepción de Jesús.

Vivamos de tal suerte que pueda admitírse nos fructuosamente a la Comunión frecuente y aun diaria; para decirlo todo de una vez, perfeccionémonos para comulgar bien y vivamos para comulgar siempre.

Pero, ¿la grandeza de Dios no oprimirá nuestra nada? —No. Antes al contrario, en la Comunión no existe esa celestial y divina grandeza que reina en los cielos. ¿No veis cómo se encubre Jesús para no asustaros y para que oséis mirarle y acercaros?

¿Qué deberá vuestra indignidad deteneros lejos de Dios infinitamente santo? Ciertamente que el mayor santo, que el querubín más puro, es indigno de recibir al Dios sacramentado... Pero ¿no paráis mientes en que Jesús oculta sus virtudes y hasta su santidad para no mostrar más que su bondad? ¿No escucháis esa suavísima voz suya que os dice: *venid a mí*? ¿No sentís la proximidad de ese amor divino que os atrae? Vuestros derechos no se fundan, no, en vuestros

méritos, ni vuestras virtudes os abren las puertas del cenáculo, sino el amor de Jesús.

¡Pero es tan poca cosa mi piedad y tan frío mi amor! ¿Cómo recibir a nuestro Señor en alma tan tibia y, por lo mismo, tan repugnante y despreciable?

¿Tibios estáis? Razón de más para que os echéis en ese horno ardiente... ¿Repugnantes? ¡Oh, eso nunca para este buen Pastor, para este tierno Padre, más padre que todos los padres, más madre que todas las madres! Cuanto más enfermos y flacos estéis, tanto mayor necesidad tenéis de su socorro; el pan es vida de débiles no menos que de fuertes.

¡Pero si tal vez tenga pecados en mi conciencia!... Si después del debido examen no tenéis certeza moral, si no tenéis conciencia positiva de algún pecado mortal, bien podéis ir a la santa Comunión; si perdonáis a los que os ofenden, alcanzado habéis ya el perdón de vuestras faltas; cuanto a las negligencias de cada día, distracciones en la oración, primeros movimientos de impaciencia, de vanidad o de amor propio; cuanto a la pereza en desechar al punto el fuego de las tentaciones, atadlos en un haz todos esos retoños de Adán y echadlos al fuego del amor divino; lo que el amor perdona bien perdonado queda.

No os alejen de la sagrada mesa vanos pretextos; antes comulgad por Jesucristo, si no queréis comulgar por vosotros mismos. Comulgar por Jesucristo es consolarle del abandono en que le dejan la mayor parte de los hombres; es decirle que no se engañó al instituir este Sacramento de espiritual refección. Es hacer fructificar los tesoros de gracia que Jesucristo ha encerrado en la Eucaristía sólo para distribuirlos entre los hombres. Más aún, es dar a su amor una vida de expansión cual desea, a su bondad la dicha de favorecer, a su realeza la gloria de derramar sus beneficios.

Comulgando, realizáis, por consiguiente, el fin glorioso de la Eucaristía; sin quienes comulgaran, en vano correría este río; este horno de amor no abrasaría los corazones; este Rey quedaría en su trono sin súbditos.

No sólo da a Jesús sacramentado ocasión de satisfacer su amor, sino también la sagrada Comunión le otorga también una nueva vida, que El consagra a la mayor gloria de su Padre. Imposible le es, en su estado glorioso, honrarle con amor libre y meritorio pero gracias a la Comunión irá al hombre; formará sociedad con él; se le unirá por una tan admirable manera que el cristiano pondrá a su disposición miembros y facultades sensibles y vivos, y le dará la

libertad necesaria para merecer practicando las virtudes. El cristiano se transformará así por la Comunión en Jesús mismo, y Jesús volverá a vivir en él.

Algo divino pasará entonces en el que comulga; el hombre trabajará y Jesús dará la gracia del trabajo; el hombre guardará para sí el mérito; pero toda la gloria será para Jesucristo. Jesús podrá decir todavía a su Padre: Os amo, os adoro, sufro todavía y vivo de nuevo en mis miembros.

He ahí lo que confiere a la Comunión su mayor eficacia. Es ella una segunda y perpetua Encarnación de Jesucristo y establece una sociedad de vida y de amor entre el hombre y el Salvador; es, en suma, una segunda vida para Jesús.

DIRECTORIO PARA LA PREPARACION

Opus namque grande est, neque enim homini praeparatur habitatio, sed Deo.

“La empresa es grande, porque no se trata de preparar habitación para un hombre, sino para Dios.”

(PAR., XXIX, 1.)

LA sagrada Comunión es Jesús mismo recibido sustancialmente en nosotros, en nuestra alma y en nuestro cuerpo, bajo forma de alimento, para transformarnos en sí comunicándonos su santidad primero y después su felicidad y su gloria.

Por la sagrada Comunión Jesucristo nace, crece y se desarrolla en nosotros. Todo su deseo es que le recibamos y le recibamos a menudo; tal es también el consejo de la santa Iglesia, la cual pone a nuestra disposición todos sus medios de santificación para mejor disponernos a recibirle bien, así como todo su culto tiende a prepararnos la Comunión y a dárnosla.

Si conociéramos los dones y las virtudes que nos trae la Comunión, suspiraríamos de continuo por ella. Una Comunión basta para santificar a uno en un instante, por ser el mismo Jesucristo, autor de toda santidad, quien viene.

Mas es preciso comulgar bien, y una buena Comunión no se concibe sin la debida preparación y acción de gracias.

I

Cabe distinguir dos clases de preparación: la del cuerpo y la del alma.

La del cuerpo requiere ayuno completo desde media noche, y nos exige, además, cierta limpieza y decencia exterior en el vestir. En la Comunión celébranse las bodas regias del cristiano; nuestro divino rey nos visita; y quien comulga, celebra su fiesta del Corpus; todo lo cual implica que no dejemos diligencia alguna por poner para que nuestro porte exterior sea cual conviene.

Para la preparación del alma hace falta, ante todo, que la conciencia esté limpia de todo pecado mortal, y en cuanto

sea posible, de todo pecado venial voluntario. La limpieza es el primer ornato de una casa en que se recibe a alguno. si son pocas las virtudes que hermosean el alma del que comulga, que nunca falte, por lo menos, esta blancura que las prepara.

Las conveniencias exigen además devoción, recogimiento y fervor en la oración. El amor divino debiera conservarnos siempre en las condiciones necesarias para comulgar: el amor anhela, suspira, languidece por el Amado de su corazón; siempre dispuesto está el pobre a recibir limosna.

Avivad, cuando menos, vuestro amor, valiéndoos de los cuatro fines del sacrificio.

II

Adorad con viva fe a Jesús, presente en el santísimo Sacramento, en la sagrada Hostia que vais a recibir; adoradle exteriormente con el más profundo respeto del cuerpo y con la mayor modestia de los sentidos; adoradle también interiormente con profunda humildad, rendidle homenaje con todas las facultades del alma, dividiéndole, con santo Tomás, a impulsos de vuestra fe: Vos sois mi Señor y mi Dios.

Dad gracias por don tan soberano del amor de Jesús, por esta invitación a su mesa eucarística que os dirige a vosotros, de preferencia a tantos otros mejores y más dignos de recibirle.

Ensalzad su sabiduría por haber ideado e instituído este gran Sacramento, por haber conducido hasta vosotros, tan puro como en su manantial, este río que culebrea por entre todas las generaciones.

Benedicid su omnipotente bondad por haber sabido triunfar de tantos obstáculos, por no haber retrocedido ante ningún sacrificio ni humillación para darse plenamente.

Ensalzad el inmenso amor que en este sacramento le reduce a la condición de víctima perpetua de nuestra salvación, de alimento divino de nuestra vida, de cariñosísimo y constante amigo en nuestro destierro; únanseos los ángeles: invítadlos a alabar a su Dios y rey, a una con vosotros.

Propiciación.—Después de haber considerado al dador y la excelencia del don, echad una ojeada sobre vosotros mismos; ved vuestra pobreza, imperfecciones y deudas; humillaos al ver tanta bajeza y los pecados que habéis cometido, llorándolos una vez más; confesad que os truecan en indignos y pedid misericordia y perdón. Decid a nuestro Señor: “Pero, Señor, ¿olvidáis acaso lo que he sido, el mayor de

los pecadores; lo que soy todavía, la más mísera de vuestras criaturas; lo que tal vez sea, ¡ay!, en adelante, el más ingrato y el más infiel?... No, no; no soy digno de recibirlos; con una sola palabra de perdón me basta... Alejaos de mí, que soy un pecador indigno de vuestro amor..." Aborreced, entonces, vuestros pecados, desead, pedid la pureza de los ángeles, la santidad de la Virgen santísima. Rogad a los ángeles y a los santos que se interesen por vosotros; entregaos a María, para que ella misma os apareje para la Comunión.

Imaginaos luego que oís esta dulce palabra del Salvador: "Porque eres pobre, vengo a ti; precisamente porque estás enfermo, vengo a curarte; para comunicarte mi vida, para hacerte partícipe de mi santidad, me he sacramentado; ven, ven, pues, con confianza; dame tu corazón, que es cuanto quiero de tu parte."

Suplicad al llegar aquí a nuestro Señor que quite todas las trabas y os venga. Desead, suspirad por este momento de vida y de felicidad; estad dispuestos a sacrificarlo todo, a abnegaros en todo, por una Comunión. Y luego corred, volad hacia la mesa celestial, que los ángeles envidian vuestra suerte y el cielo os contempla pasmado. Jesús os aguarda; id, id al festín del Cordero.

III

Llegado el momento de comulgar no os ocupéis ya de vuestros pecados; lo contrario sería una tentación peligrosa, por cuanto os causaría tristeza y turbación, cosas ambas reñidas con la devoción.

No os ocupéis tampoco ahora en hacer oraciones vocales, sino id a recibir a vuestro amoroso Dios con sosiego de la conciencia, poseídos del dulce sentimiento de confianza en la bondad de Jesús, que os llama y aguarda.

Id a la sagrada mesa con las manos juntas, los ojos bajos, el andar grave y modesto. Poneos de rodillas con el corazón penetrado del sentimiento de gozo y felicidad.

Al comulgar, tened la cabeza derecha y quieta; los ojos bajos; abrid modestamente la boca; sacad la lengua sobre el labio inferior y tenedla inmóvil hasta que el sacerdote haya puesto en ella la sagrada forma. Guardadla un momento, si queréis, sobre la lengua, para que Jesús, santidad y verdad, la purifique y santifique; introducidla, luego, en vuestro pecho y ponedla sobre el trono de vuestro corazón. Adoradle en silencio y comenzad la acción de gracias.

EL ESTADO DE GRACIA PARA LA COMUNION

*Probet autem seipsum homo,
et sic de pane illo edat et de
calice bibat.*

“Examinese a sí mismo el
hombre antes de comer de este
pan y beber de este cáliz.”

(I COR., XI, 28.)

LA Eucaristía es un pan delicioso; para comerlo, la primera condición es la de vivir, a saber, poseer el estado de gracia. Tal es la primera y condición esencial: estar exento de pecado mortal.

Bien es verdad que la cortesía requiere pureza de pecados veniales y nos exige piedad y virtudes; pero todo esto es relativo y más exigible a un religioso que no a un seglar, a una persona que vive sola y retirada que no a quien está cargado de los cuidados de una familia. Por consiguiente, la ley general, indispensable, es estar exento de pecado mortal.

No tengamos, pues, temores exagerados, ni nos asusten fútiles espantos por lo que atañe a las condiciones para comulgar. ¿Poseéis el estado de gracia? ¿Queréis acercaros a Jesús y con El uniros? ¡Pues, comulgad! Más glorificaréis a Dios y vuestras disposiciones serán más perfectas si tenéis virtudes; pero, aun en este caso, ¿quién podrá tenerse por bastante digno? La verdadera virtud es aquella que cree no tener nada. ¿Por ventura creéis tener el derecho de medir vuestras virtudes y vuestras cualidades para ver si merecéis la Comunión? Poneos muy bajo en vuestra estima y desead vivamente, que tal es la verdadera disposición.

Particularmente insisto en que tengáis pura la conciencia. Si no, el pan de vida será para vosotros pan de muerte. Indudablemente que la Eucaristía no es para dar muerte; pero lo que pasa es que ya estabais muertos antes de recibirla, y, una vez recibida, lo estáis dos veces.

San Pablo exige el estado de gracia cuando dice: “Examinese el hombre antes de comer de este pan.” Y por comulgar algunos con conciencia manchada de culpa grave, díjoles que habían comido su propia condenación. Los tales crucifican en su corazón a Jesús, su propio juez.

La Eucaristía es el pan de vivos; lo dice nuestro Señor al anunciar este misterio: *Yo soy el pan vivo; quien me comiere vivirá en mí y por mí*. Ved ahí dos vidas: la vida divina de Jesús en el alma y la vida del alma en Jesús.

Si es cierto que la Comunión es unión del alma con Jesús, preciso será que entre los dos términos haya cierto lazo, cierta igualdad que sea base de la unión, porque las cosas contrarias no se unen nunca. Imposible que la luz se mezcle con las tinieblas ni la muerte con la vida. Dado que Jesús está vivo al venir a nosotros, también nosotros debemos estarlo; si no la unión no será posible. Lograréis, sí, clavar al Señor en vuestro corazón por algunos instantes; pero El no se quedará, y lo que habréis hecho será ejercer contra El una violencia sacrílega.

Tengamos siempre presente esta condición esencial que es la pureza de conciencia. La Iglesia nos la inculca con ahinco por medio del concilio de Trento y terminantemente nos prohíbe comulgar sin antes confesarnos, siempre que la conciencia nos reproche algún pecado mortal y sea cual fuere nuestro arrepentimiento.

II

Aunque la Iglesia no nos pidiese tan terminantemente esta pureza, hasta la misma honradez nos la dictaría. La Comunión es el banquete, el festín nupcial del cordero. Jesucristo nos recibe a su mesa y nos alimenta con sus propias carnes; es a un tiempo convidado y festín: *Dominus ipse conviva-et conviditum; ipse comedens et qui comeditur* (1). ¿Sería lícito presentarnos con porte desastroso? ¿Quién osaría corresponder a una invitación con vestidos sucios? Nadie. Pues no dejemos de hacer por nuestro Señor lo que haríamos por uno cualquiera. Hemos venido a bodas regias. Los ángeles rodean a su Rey, sin que puedan, a pesar de su esplendente pureza, sentarse para participar del banquete. Si no tenéis su refulgente blancura, no os falte al menos la pureza de conciencia que Jesucristo os pide como condición de admisión a su mesa.

III

Por lo demás, todo en la Eucaristía nos invita a la pureza. ¿No habéis asistido a alguna primera Comunión? ¿Cuán

(1) S. Jeron., Ep. 28 ad Hedibiam, quaest., 2.

bellos y puros son esos niños que en largas filas se siguen!

En el pan del altar, ¡qué pureza también! Es de trigo puro, al que se ha despojado de su corteza y convertido en harina. ¿Y cabe cosa más pura que la blanca harina? El pan ha sido amasado sin la levadura, que comunica al pan el germen de la corrupción. Bien hubiera podido Jesucristo escogerse otra materia de distinto color; pero entonces no habríamos descubierto en ella todas estas lecciones de pureza...

Tan natural es la pureza cuando de la Comunión se trata, que si yo os dijera que comulgarais en estado de pecado mortal, de puro horror retrocederíais, antes querríais morir que consumir ese acto.

Aun cuando no os remuerde la conciencia más que ir con pecados veniales, no os atrevéis a comulgar. Bien lo pudierais, sin embargo, porque el pecado venial no es un obstáculo radical para la Comunión. Pero no os atrevéis, porque sentís que no sois bastante dignos; vuestros vestidos no son todo lo lucidos que quisierais, y venís a pedir perdón. Bien está; ello atestigua vuestra delicadeza, pero muestra también cuán inseparable de la Comunión es la pureza.

Mirad a nuestro Señor antes de la cena: “Estáis limpios —les dice a los apóstoles—; pero algo de polvo os mancha todavía los pies; voy a quitároslo y purificaros por completo.” Y nuestro Señor les lava los pies. Gran lección de humildad es ésta, sin duda; pero lo es incomparablemente más de pureza.

Tened, pues, viva el alma. Dícese que el mayor tormento para un mártir era verse atado vivo a un cadáver. Cien muertes prefiriera a esta tortura. Y no cabe duda, es un tormento atroz esta alianza forzada de la muerte con la vida. ¿Por qué, si esto es así, pretender atar a Jesucristo con un cadáver? ¡Cómo! ¿Queréis sepultar a Jesús?... ¡Ah, que sea al menos nuevo y puro el sepulcro!

IV

Pero la razón más eficaz para que las almas genuinamente cristianas sean puras es que Jesucristo entra en ellas con mayor o menor intimidad, según sea el grado de pureza.

Si vuestra pureza consiste tan sólo en estar exentos de pecados mortales, Jesús penetrará en vosotros y viviréis de su gracia; pero como Lázaro que, por vivo que estuviese, no podía obrar a causa de las ligaduras que le sujetaban todos

los miembros, así la Comunión halla ciertas trabas para producir grandes obras de vida en vuestra alma. Purificaos más y más; volved con frecuencia a recobrar nuevas fuerzas y acabaréis venciendoos completamente y produciendo los frutos de gracia y de buenas obras que Jesús espera de vosotros.

Cuando el que comulga está puro, de suerte que ni pecados veniales tenga, Jesús obra en él intensamente y sin que tropiece con obstáculos; inflama el corazón, excita la voluntad, ilumina el entendimiento y penetra hasta lo íntimo del corazón. Entra en la cámara de la amistad; ninguna telaraña ofende su vista; saborea el perfume de sus buenos deseos; quédase largo tiempo. Cosas del todo inefables pasan entonces entre el alma y Jesús. El alma adquiere una delicadeza inaudita; ella ya no cuenta, porque forma una sola cosa con Jesús, a quien le dice: "Tomadlo vos todo, reinad sobre todo y amémonos siempre; yo seré vuestra esclava por toda la eternidad."

¡Cuán consolador es el que Jesús se nos una según el grado de nuestra pureza! ¡Sería de espanto, si viniera en razón de nuestras buenas obras y de nuestras virtudes! ¿Qué son nuestras virtudes ante la santidad del Dios de las virtudes? Pero estar puros, trabajar por estarlo cada vez más, basta para que Jesús nos venga a gusto.

Conservarnos puros, librarnos de todo lo que sea un germen de corrupción, adquirir transparencia y brillantez, tal es el trabajo que hemos de realizar en nuestra alma; pero tal es también el fruto de la Comunión; y, comulgando, la unión del alma con Jesús llega a ser continua aun en esta tierra y comienza la eterna que aguardamos en la gloria.

EL DESEO DE LA COMUNION

Esurientes implevit bonis.
"Colmó de bienes a los hambrientos."

(Luc., I, 53.)

EL estado de gracia es condición necesaria y esencial para comulgar. Las virtudes y la piedad sólo son convenientes. La buena voluntad y el deseo ardiente pueden suplirlas.

Desgraciadamente, comúlgase muchas veces con semivoluntad y sin casi entender lo que se va a recibir. Examinemos, por tanto, para ver de preservarnos de este defecto, las condiciones que conviene tengamos para comulgar.

La primera y más importante para sacar fruto de la Comunión es el deseo.

I

Para ir a comer, hay que tener hambre, es preciso sentir la necesidad de alimentarse para no caer falto de fuerzas, porque es molesto y grosero el comer, y la digestión resulta muchas veces dolorosa y cansa. Para remedio de esas incomodidades, Dios nos ha dado el apetito, merced al cual deseamos el alimento, y a los alimentos les ha dado el sabor, que nos los hace agradables.

Pues de esta misma manera siente el alma hambre de la Comunión; en la cual caben varios grados, pues cuanto mayor sea el hambre, tanto más provechosa resulta la Comunión. Un estómago sano siente hambre y digiere, en tanto que el enfermo nada puede soportar.

Es necesario que el mismo Dios ponga en nosotros este hambre de la Comunión, porque a no ser así nunca la deseáramos. Tan grande es la distancia que media entre Dios y nosotros que si El mismo no excitase en nuestro corazón un hambre que nos es necesario satisfacer, un hambre por la que nos olvidemos de la infinita dignidad de Jesucristo para no pensar más que en nuestras necesidades, de nosotros mismos nunca nos metiéramos a comulgar. Dios nos ciega con su gracia para que no veamos nuestra miseria, sino su bondad, y nos olvidemos de quiénes somos y de quién es El.

El hombre vive de deseos; nada busca, nada grande emprende que no lo haya deseado por largo tiempo. Pues un deseo divino nos impulsa a comulgar, hasta tal punto que nos

infunde valor bastante para acercarnos al Juez de cielos y tierras sin morir de espanto. El hambre de Dios excusa nuestra temeridad. ¿Qué duda cabe que el desdichado que toma pan para huir de la muerte no es ladrón? Su propia necesidad le excusa.

¡Pero si yo no siento tal deseo!, diréis quizá. Si no comulgáis, posible es; pero si comulgáis, contesto que Dios ha encendido en vosotros este deseo. Si no lo tuvierais, por lo menos en algunos de sus grados, no os atreveríais a comulgar.

Decidme, ¿qué pobre osaría convidarse a sí mismo a la mesa del rey para comer con él, aun cuando estuviese a punto de morir de hambre? Cosa semejante. Y, sin embargo, la distancia que nos separa de Dios es muchísimo mayor. ¿Cómo nos atrevemos, pues, a acercarnos? ¡Ah, sí, es necesario que por su infinita bondad nos ponga Jesucristo un velo ante los ojos! Y así nos atrevemos a hacer con El lo que no hiciéramos con ningún grande de la tierra: ¡nos invitamos a su divino banquete!

El gran motivo para comulgar es, pues, el hambre que se siente. Cuando sea más viva, más apremiante, comulgad más a menudo.

—¿Crecéis espiritualmente? ¿Vais robusteciéndoos?

—No.

—Es porque no coméis bastante o coméis sin apetito. Excitaos, sentid al menos vuestra necesidad, si no podéis llegar al hambre de amor.

II

Hay un hambre de la Comunión que podemos experimentar siempre, un deseo que siempre está a nuestro alcance. Es el deseo del enfermo que espera al médico, porque sufre; que pide agua, porque la fiebre le devora.

Cual pobres hijos de Adán, profundamente heridos, nos presentamos también nosotros a nuestro Señor y le decimos: “Señor, la miseria y el sufrimiento son nuestra única herencia; no os dé en rostro lo miserable de nuestro lecho; quiero recibirlos, porque me siento falto de fuerzas y necesito recobrarlas. Apiadaos de mi miseria.” Así es como hablan la mayor parte de los que comulgan. Ved a ese penitente, a ese impío recién convertido; apenas acaba de confesarse y con harta dificultad se arrastra todavía; pero, envíasele al comulgatorio y con razón. Dadme pan, dice a nuestro Señor, porque muero de hambre. ¿Cómo podré entrar en el áspero y estrecho sendero de la vida cristiana, yo que salgo del camino

ancho y florido del mal? He aquí un hambre cual conviene, un hambre que place a nuestro Señor, le ensalza y nos hace descender a nuestro puesto. Deseo que tengáis siempre este hambre del pobre, que hagáis valer este derecho a comulgar que os da la necesidad de acercaros a Jesús.

Tal necesidad, junto con la pureza de conciencia, basta para hacer una comunión buena y fructuosa. El Evangelio nos da una prueba conmovedora de ello.

Había un rey preparado un espléndido banquete; los invitados, aunque advertidos, no quisieron acudir. Dicen los intérpretes que no querían obsequiar a los esposos. Ante esta noticia, manda el rey buscar a los pobres por plazas y encrucijadas; reúnen buen número de mendigos y estropeados. Jesús los prefiere a los ricos y orgullosos. Es de notar que cada cual vestía el traje nupcial que a la puerta del salón le ofrecían los siervos. Entra el rey y gózase de ver radiantes de alegría y contentos aquellos rostros de ordinario tan tristes. Pero observa que uno de los convidados ha guardado sus vestidos ordinarios. Tómalo a menosprecio y al punto le echa afuera. Bien merecido lo tenía el pobre; no se le pedía que obsequiase con presentes a los esposos, sino tan sólo que se presentase en forma decorosa. Los demás, por pobres y estropeados que fuesen, quedaron, porque llevaban su blanco manto; la misma miseria les daba derecho de entrada en el banquete.

Pobres somos también nosotros y sufrimos; sean por lo mismo más ardientes nuestros deseos. ¡Gusta tanto nuestro Señor de curar a quien le muestra sus heridas! Durante su vida, pocas veces le vemos frecuentar las casas de los ricos y pudientes. Apenas aceptó la invitación de dos o tres fariseos, y aun entonces hízolo con la esperanza de curarlos de su orgullo y errores. Tratábase de enfermos, aunque de otro linaje. En cambio, a los pobres Jesús iba con gusto; nada le desagradaba en ellos.

Venid, por tanto, venid a pedir fuerzas y un poco de ánimo. ¡Señor, ya no puedo más; me echo a vuestros pies! Os lo vuelvo a repetir, venid, no ciertamente porque creáis merecer la Comunión, sino porque la necesitáis.

Decid con confianza: Señor, el pan nuestro de cada día dánosle hoy. Somos mendigos; no nos apoyamos en ningún derecho nuestro, sino en vuestra propia invitación.

¡Y vaya si el Señor os recibirá! Puesto que os ha llamado, quiere no desecharos, sino acogeros en su seno para enriqueceros de sus tesoros de gracia y bondad.

LA PREPARACION DEL ESPIRITU SANTO

*Spiritus Sanctus superveniet
in te et virtus Altissimi obum-
brabit tibi.*

“El Espíritu Santo descenderá
sobre ti, y la virtud del Altísi-
mo te cubrirá con su sombra.”
(LUC., I, 35.)

MEDIANTE la sagrada Comunión se renueva en alguna manera el misterio de la Encarnación. No bien hubo contestado María con su *Fiat* a la voz del ángel, el hijo de Dios se encarnó en su seno. Pero el Verbo no se contentó con unirse a la más pura de las vírgenes y en Ella a la humanidad entera, sino que quiere unirse con cada cristiano.

El divino artífice de la Encarnación fué el Espíritu santo; preparó a María para madre de Dios, la preservó del pecado en su concepción inmaculada; en el primer instante de su existencia derramó en su alma las más bellas virtudes y fué cultivándolas en el transcurso de su vida; y, llegado el momento de formar y animar el cuerpo de Jesús, el mismo divino Espíritu fecundó el seno de la Virgen. Continuó habitando en Ella, después de realizado el misterio, y la cubrió con su sombra para templar los ardores del divino sol que llevaba en sus entrañas. Debemos aprender a prepararnos para la Comunión en unión con el Espíritu santo.

I

El Espíritu santo santificó, por consiguiente, a María para que fuera digna madre de Dios. Si bien toda la santísima Trinidad concurre a la obra de la santificación de las almas, esta operación se atribuye en particular a la tercera persona, por ser ésta el don por antonomasia, el lazo de unión del Padre con el Hijo, y la que de nuevo nos une con Dios al venir a nuestras almas.

El Espíritu santo atavió a María con todas las virtudes, y al vacilar entre aceptar o no la dignidad de Madre de Dios por creerla incompatible con el voto de virginidad que tenía hecho, el ángel la tranquilizó diciendo que el Es-

píritu descendería sobre ella y ella concebiría por obra de El. Notad que el Espíritu santo se encontraba ya en María, puesto que era llena de gracia. ¿Qué significarán, por tanto, estas palabras: “El Espíritu santo descenderá sobre ti”? ¡Ah! Que vendrá para robustecerte, para prepararte a ti, débil criatura, al misterio de la Encarnación, que es misterio de omnipotencia. ¿Cómo temblar, por flaca que seas, si Dios mismo está en ti con presencia muy especial para recibir a Dios? Porque el Espíritu santo en María recibió al Verbo y le formó la naturaleza humana.

Ahora, la Eucaristía nos hace compartir por medio de la Comunión la gloria de María y el gozo de la divina maternidad.

Mas, ¿quién recibirá en mí al Verbo de Dios? Imposible que lo sea yo, siendo tan flaco y miserable como soy. El estado de gracia en que creo encontrarme, ¿quién sabe si es sin mancilla!... Y cuando lo fuera, ¿a qué se reduce eso en el acatamiento de quien es santo por esencia? Mis insignificantes virtudes... ¡Pero si Dios las tiene en grado sumo! La recepción no podrá menos de ser muy indigna si me encuentro solo para recibir a Jesús. Pero no temáis; por el estado de gracia el Espíritu Santo habita en vosotros y El es el que ha de recibirle. Lo que a vosotros os toca es uniros con este divino Espíritu cuando vais a comulgar.

Tengamos presente, sin embargo, que la disposición más grata a sus ojos es aquella que, como a María, nos hace decir: “He aquí la esclava del Señor.” Tú, Señor, me convidas; bien conoces mi pobreza, miseria e ignorancia; pero te recibirá tu divino Espíritu, te hablará en mi lugar y la recepción será así digna.

No nos unimos bastante al Espíritu santo ni tratamos de conocerle cuanto debiéramos, y, sin embargo, El habita en nosotros y templos suyos somos. Pudiera preguntarse a muchos cristianos: ¿Sabéis quién es el Espíritu santo? Y contestarían que no, que nadie les ha hablado de El... ¡Ah! Es porque para conocerle hay que ser hombre de vida interior. Los que siempre permanecen afuera pueden conocer sus dones, pero nunca comprenderán su lenguaje de amor y de dulzura, porque éste es patrimonio exclusivo de las almas silenciosas e interiores. Orad a menudo al Espíritu santo; uníos a El; que El os prepare para la Comunión y hable y dé gracias a Jesús en lugar vuestro; reine Jesucristo en vosotros por El.

II

El arcángel no sólo dijo a María: “El Espíritu santo descenderá sobre ti”, sino que añadió también: “y te cubrirá con su sombra”.

¿Qué quiere decir esto?—Dios es fuego que consume. Cuando viene a nosotros viene con su naturaleza, y si el Espíritu santo no nos cubriera como con una nube, en un instante nos abrasaría. ¿Qué somos nosotros sino un poco de paja en medio de un gran fuego? El Espíritu santo templó estos ardores divinos, no dejando traslucir sino justo lo necesario para calentarnos y vivificarnos. El mismo nos es necesario a nosotros, como lo fué, dice san Bernardo, a María, cuyo cuerpo virginal cubrió con su sombra al acercarse la divinidad: *Ipse est qui Virgini obumbravit, ut et virgineo corpori temperaret Deitatis accessum.*

III

No sólo está el Espíritu santo en María para recibir al Verbo divino, sino que crea también el alma del Verbo y forma su cuerpo de la sangre purísima de la santísima Virgen. Tal es también su oficio en la Comunión: su obra peculiar en ella es convertirnos en Jesucristo, hacer espiritualmente de nosotros y El un solo ser en el orden moral. Formando en nosotros el germen de gloria que ha de hacer nuestros corazones semejantes al de Jesús glorioso, nos hace compartir el estado de su cuerpo glorificado, y un día el Espíritu santo, por quien El salió del sepulcro, resucitará nuestros cuerpos a la misma gloria.

El forma en nuestra alma la unión de sentimientos, y gracias a esta operación Jesús continúa viviendo en ella espiritualmente, aun cuando sacramentalmente haya cesado de vivir. De esta manera prolonga el Espíritu santo en nosotros la Comunión y continúa la vida divina de Jesús.

Así como los alimentos, una vez digeridos, dejan el jugo nutritivo que, derramándose por los miembros, los fortalece y les infunde vida, así también cuando las sagradas especies han sido consumidas y la humanidad sacratísima de Jesucristo no se encuentra en nosotros, permanece la divinidad recibida en concepto de alimento juntamente con el cuerpo; y permanece no sólo como en un templo, sino al modo del jugo nutritivo en el estómago, fortificando las potencias de

nuestra alma, alimentando a ésta con buenas inspiraciones, con mociones de santo amor, espiritualizándonos y deificándonos, realizando estas magníficas palabras: El que está unido al Señor forma un solo espíritu con El: *Qui adhaeret Domino, unus spiritus est.*

¡Qué dicha, en verdad, nacer en tiempo de la Eucaristía! Los justos de la antigua Ley, aquellos grandes santos de la ley del temor, suspiraban sin descanso por este día que no debía ser para ellos; hoy el último cristiano se ve más favorecido que todos esos santos patriarcas.

¿Qué consecuencia práctica sacar de todo esto? Dejar entera libertad al Espíritu santo para que obre en nuestra alma a su gusto y forme a nuestro Señor. Dejémonos amasar por sus divinas manos según le plazca, como la blanda cera recibe todos los sellos que se le quieran imprimir; y así, cuando vayamos a comulgar, nos prepararemos a una con El, y por medio de El oraremos y daremos gracias. Querer prescindir de su ayuda es orgullo y presunción, porque la verdad es que no sabemos orar; pero el Espíritu santo socorre nuestra flaqueza y pide en nosotros con inefables gemidos.

Pidiendo su ayuda, agradaremos al Padre celestial, quien podrá entonces enviarnos a su Hijo con verdadera satisfacción y sin temor a que le recibamos mal; causaremos mayor contento a nuestro Señor, el cual, aunque no tenga otra ambición que la de darse, gusta con todo de encontrarse un cenáculo grande y ricamente aderezado; complaceremos, finalmente, al Espíritu santo, quien se gloria de fecundar las almas con su amor.

EL SANTO SACRIFICIO

Hoc facite in meam commemorationem.

“Haced esto en memoria mía.”
(Luc., xxii, 19.)

PARTICIPAR todos los días en la santa Misa. Ello atrae las bendiciones del cielo para el día. Oyéndola cumpliréis mejor todos vuestros deberes y os veréis más fuertes para llevar la cruz de cada día. La misa es el acto más santo de toda la religión; nada tan glorioso para Dios ni tan provechoso para vuestra alma como el oír la con piedad y con frecuencia. Esta es la devoción privilegiada de los santos.

La misa encierra todo el valor del sacrificio de la cruz, que aplica a cada uno: uno mismo es el sacrificio del calvario y el del altar, iguales la víctima y el sacerdote, Jesucristo, que también en el altar se inmola de un modo real y eficaz, aunque incruentamente. ¡Ah! Si después de la consagración os fuese dado ver en toda su realidad el misterio del altar, vierais a Jesucristo en cruz, ofreciendo al Padre sus llagas, su sangre y su muerte para salvación vuestra y la del mundo. Vierais cómo los ángeles se postran alrededor del altar asombrados y casi espantados ante lo que se ama a criaturas indiferentes o ingratas. Oyerais al Padre celestial deciros como en el Tabor contemplando a su Hijo: “Este es mi Hijo muy amado y el objeto de mis complacencias: adorad y servidle de todo vuestro corazón.”

II

Para caer en la cuenta de lo que vale la santa Misa, preciso es no perder de vista que el valor de este acto es mayor que el que juntamente encierran todas las buenas obras, virtudes y merecimientos de todos los santos que haya habido desde el principio del mundo o haya de haber hasta el fin, sin excluir los de la misma Virgen santísima. La razón está en que se trata del sacrificio del hombre-Dios, el cual muere en cuanto hombre, y en cuanto Dios eleva esta muerte a la dignidad de acción divina, comunicándole valor infinito. Infunde respeto el oír cómo el concilio de Trento expone esta verdad: “Como en el divino sacrificio que se ofrece en la misa es contenido y se inmola incruentamente el mismo Jesucristo que una sola vez se inmoló de un modo incruento

en la cruz, enseña este santo Sínodo que este sacrificio es verdaderamente propiciatorio y que alcanzaremos por este medio en el momento oportuno misericordia, gracia y ayuda siempre que nos acerquemos a Dios con corazón sincero y recta fe, con temor y reverencia, contritos y penitentes. Porque, aplacado el Señor por esta oblación, nos perdona nuestros crímenes y pecados, por grandes que sean, otorgándonos la gracia y el don de la misericordia. Una sola y una misma es la víctima ofrecida, uno solo y uno mismo el que ahora se ofrece por ministerio de los sacerdotes, y entonces se ofreció a sí mismo sobre la Cruz, no habiendo más diferencia que la del modo de oblación. Mediante este sacrificio incruento recíbense muy copiosamente los frutos de aquel cruento, sin que, por consiguiente, se menoscabe en lo más mínimo el valor de aquél. Según la tradición de los apóstoles, este sacrificio es ofrecido no solamente por los pecados, penas, satisfacciones y demás necesidades de los vivos, sino también por los difuntos en Cristo, cuyos pecados no están cabalmente purgados" (1). ¡Qué lenguaje éste que emplea la Iglesia!

III

Para glorificar sin cesar a su Padre, Jesús adoptó el estado de víctima; para que, poniendo el Padre los ojos en El, pueda bendecir y amar la tierra; para continuar su vida de Redentor, asociarnos a sus virtudes de Salvador, aplicarnos directamente los frutos de su muerte participando dentro de su ofrenda y enseñándonos a sacrificarnos junto con El; y también para ponernos a mano, como a María y a Juan, el medio de asistir a su sacrificio.

IV

Habiendo Jesús reemplazado todos los sacrificios de la antigua ley por el sacrificio de la misa, ha encerrado en éste todas las intenciones y todos los frutos de aquéllos.

Conforme a las órdenes recibidas de Dios, los judíos ofrecían sacrificios por cuatro fines, a saber: para reconocer su supremo dominio sobre toda criatura; para agradecerle sus dones; para suplicarle siguiera concediéndoselos y para aplacar su cólera irritada por sus pecados. Todo esto lo hace Jesús, y de un modo tanto más perfecto cuanto que en lugar de toros y carneros se ofrece El mismo, hijo de Dios y Dios como su Padre.

Adora, por tanto, a su Padre; por todos los hombres, cuyo

(1) Sess. 22, cap. 2.

primogénito es, reconoce que de El viene toda vida y todo bien; que sólo El merece vivir, y que cuanto es, sólo por El existe; y ofrece su vida para protestar que, por venir todo de Dios, de todo puede El disponer libre y absolutamente.

Como Hostia de *alabanzas, da gracias* a su Padre por todas las gracias que le ha concedido a El y, por medio suyo, a los hombres todos; hácese nuestra perpetua acción de gracias.

Es víctima de *propiciación*, pidiendo sin cesar perdón por los pecados que continuamente se renuevan, y desea asociar al hombre a su propia reparación, uniéndoselo en la ofrenda.

Es, finalmente, nuestro abogado, que *intercede* por nosotros con lágrimas y gemidos desgarradores, y cuya sangre clama misericordia.

V

Asistir a la santa misa es unirse a Jesucristo; es, por tanto, para nosotros el acto más saludable.

En ella recibimos las gracias del arrepentimiento y de la justificación, así como ayuda para evitar las recaídas.

En ella encontramos el soberano medio de practicar la caridad para con los demás, aplicándoles, no ya nuestros escasos méritos, sino los infinitos de Jesucristo, las inmensas riquezas que a nuestra disposición pone. En ella defendemos eficazmente la causa de las almas del purgatorio y alcanzamos la conversión de los pecadores.

La misa es para el cielo entero un motivo de gozo y produce a los santos un aumento de gloria exterior.

VI

El mejor medio de asistir a la santa misa es unirnos con la augusta víctima. Haced lo que ella, ofreceos como ella, con la misma intención que ella, y vuestra ofrenda será así ennoblecida y purificada, siendo digna de que Dios la mire con complacencia si va unida a la ofrenda de Jesucristo. Caminad al calvario en pos de Jesucristo, meditando las circunstancias de su pasión y muerte.

Pero, por encima de todo, uníos al sacrificio, comiendo junto con el sacerdote vuestra parte de la víctima. Así la misa logra toda su eficacia y corresponde plenamente a los designios de Jesucristo.

¡Ah! Si las almas del purgatorio pudieran volver a este mundo, ¡qué no harían por asistir a una sola misa! Si pudierais vosotros mismos comprender su excelencia, sus ventajas y sus frutos, ni un solo día querríais pasar sin participar en ella.

METODO PARA ASISTIR A MISA MEDITANDO LA PASION

Quotiescumque..., mortem Domini annuntiabitis.

“Cada vez que comiereis este pan y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor.”

(I COR., XXI, 26.)

PARA oír bien la santa misa, medita las circunstancias de la pasión del Salvador, que se renueva en ella de un modo admirable.

Preparación.—Considerad el templo como el lugar más santo y respetable del mundo, como un nuevo calvario. El altar es de piedra y encierra huesos de mártires. Las velas que arden y se consumen simbolizan la fe, la esperanza y la caridad. Los manteles que cubren el altar representan los lienzos que envolvieron el cuerpo de Jesucristo; el crucifijo nos lo muestra muriendo por nosotros.

Ved en el sacerdote a Jesucristo revestido de todas las vestiduras de su pasión. El amito representa el retazo de tela con que los verdugos velaron la faz del Salvador. El alba, la vestidura blanca que por burla le puso el impúdico Herodes. El cíngulo, las sogas con que los judíos ataron a Jesús en el huerto de los olivos para conducirlo ante los tribunales. El manípulo, las cadenas con que amarraron a la columna de la flagelación. La estola, las sogas con que le tiraban al llevar Jesús la cruz por las calles de Jerusalén. La casulla, el manto de púrpura que en el pretorio se le echó sobre los hombros o la cruz con que se le cargó.

En una palabra, el sacerdote revestido de los ornamentos sacerdotales nos aparece como el mismo Jesucristo yendo al suplicio del calvario. Pero también nos enseña las disposiciones con que hemos de asistir al santo sacrificio.

La modestia y el recogimiento son significados por el amito, que se coloca primero sobre la cabeza y después sobre la espalda; la pureza, por la blanca alba y el cíngulo; la contrición, por el manípulo; por la estola, la inocencia, y el amor de la cruz y del yugo del Señor, por la casulla.

Entrada del Sacerdote. Va al altar llevando el cáliz.—Ved

a Jesús yendo al huerto de Getsemaní para comenzar su pasión de amor; acompañadle con los apóstoles; pero vigila y orad con El. Renunciad a toda distracción, a cualquier pensamiento extraño al tremendo misterio.

Al pie del altar el sacerdote ora, inclínase y se humilla profundamente a la vista de sus propios pecados.—En el huerto, Jesús se pone de rodillas rostro en tierra; humíllase por los pecadores; sudor de sangre, fruto de su inmenso dolor, cubre su cuerpo, tiñendo los vestidos y la tierra. Toma sobre sí todos nuestros pecados con toda su amargura. Confesad los vuestros a una con el sacerdote, pedid por ellos humildemente perdón y recibid la absolución para asistir con pureza al santo sacrificio.

No cabe duda de que esta sola consideración podría bastar para ocuparnos todo el tiempo del santo sacrificio. Si penetráis en las intenciones de Jesús o en su agonía, si os sentís como fijados a su lado por la gracia, no vayáis más lejos. Pero si no, proseguid con las demás circunstancias de su pasión.

El sacerdote sube al altar y lo besa.—Judas va al huerto de los olivos. Da a Jesús un beso pérfido. ¡Ah! ¡Cuántos besos de éstos no ha recibido Jesús por parte de sus hijos y de sus ministros infieles!

¡Ah! ¿No le he tracionado también yo?... ¿No le he entregado alguna vez a sus enemigos, a mis pasiones? ¡Y, sin embargo, me ha amado tanto!

O también consideradle cómo sube atado a Jerusalén para comparecer ante sus enemigos. Déjase conducir con igual mansedumbre que un corderillo. Pedidle dulzura y paciencia para las pruebas que os vengan del prójimo.

Al comenzar el introito y persignarse el sacerdote.—Jesús es conducido ante el gran sacerdote Caifás. Allí, Pedro le reniega. ¡Cuántas veces no he renegado también yo de mi maestro y de su verdad y ley, así como de mis promesas! Más culpable soy que Pedro, porque si he renegado de mi Salvador, no ha sido como él por temor o por sorpresa. ¡Ay de mí! Las lágrimas de Pedro siguieron muy luego a su falta, que lloró durante toda su vida, en tanto que yo tengo aún corazón duro e insensible!

Al Kyrie.—Jesús clama a su Padre e intercede por nosotros; aceptad como El todos los sacrificios que os pidiere.

El sacerdote dice las oraciones y la epístola.—Jesús confiesa su divinidad delante de Caifás por más que se condene esta declaración con la sentencia de muerte.

Fortaleced, Dios mío, aumentad en mí la fe en vuestra divinidad, para que la ame y la confiese aun con peligro de mi vida. ¡Por harto feliz me tendría si pudiera derramar mi sangre por defenderla!

El sacerdote lee el evangelio.—Jesús da testimonio de su realeza delante de Pilatos. Oh Jesús, sed el rey de mi mente por vuestra verdad, el rey de mi corazón por vuestro amor, el rey de mi cuerpo por vuestra pureza, el rey de mi vida toda, por el deseo de consagrarla a vuestra mayor gloria.

Rezad después con fe y piedad el *Credo*, teniendo presente que el Salvador fué condenado por la defensa de la verdad.

El sacerdote ofrece a Dios Padre el pan y el vino, la hostia del sacrificio.—Pilatos presenta a Jesús al pueblo diciendo: *Ecce Homo*, he aquí al hombre. Está en el estado que más puede mover a compasión; acaban de flagelarlo hasta la sangre; una corona de espinas hace chorrear sangre por su cara; un viejo manto de púrpura y una caña que tiene en la mano le convierten en rey de teatro. Pilatos propone al pueblo ponerlo en libertad, mas el pueblo no quiere y contesta: Sea crucificado, *Crucifigatur* (1). En este momento Jesús se ofrecía a su Padre por la salvación del mundo, y en especial de su pueblo, y el Padre aceptó esta ofrenda.

Ofrezcoos, oh Padre santo, junto con el sacerdote, la hostia pura e inmaculada de mi salvación y la de todos los hombres; a una con esta divina oblación, os presento mi alma, mi cuerpo y mi vida; quiero continuar y hacer que vuelvan a vivir en mí la santidad, las virtudes y la penitencia de vuestro divino Hijo. *O Domine, regna super nos.*

Cuando el sacerdote se lava las manos.—Pilatos se lava también las suyas, protestando de la inocencia de Jesús. ¡Ah, Salvador mío, lavadme en vuestra sangre purísima y purificadme de tantos pecados e imperfecciones como mancillan mi vida!

El sacerdote invita a los fieles en el prefacio a alabar a Dios.—Jesús, varón de dolores, aclamado poco ha por este mismo pueblo, coronado hoy de espinas, atado a un poste,

(1) Matth., XXVII, 23.

recibe los honores burlescos y sacrílegos de sus verdugos; se le abruma de ultrajes irritantes; se le escupe a la cara; se le denuesta. Estos son también los homenajes que nuestro orgullo, sensualidad y respeto humano tributan a Jesucristo

Al canon, el sacerdote se inclina, ora y santifica las ofrendas con numerosas señales de cruz.—Jesús inclina sus hombros bajo el peso de la cruz; tómalas con cariño esta su amada cruz; la besa y lleva afectuosamente al ponerse en camino para el calvario encorvado bajo esta carga de amor. Lleva mis pecados para expiarlos, mis cruces para santificarles. Sigamos a Jesucristo cuando lleva su cruz y sube con harta dificultad por el monte calvario. Acompañémosle junto con María, las santas mujeres y Simón el cirineo.

El sacerdote impone las manos sobre el cáliz y la hostia.—Los verdugos se apoderan de Jesús, despójánle violentamente de sus vestiduras y le extienden sobre la cruz, en la que le crucifican.

Consagración y elevación.—El sacerdote consagra el pan y el vino, convirtiéndolos en cuerpo y sangre de nuestro señor Jesucristo. Hincando la rodilla adora al Salvador, a Dios verdadero y realmente presente entre sus manos, elevándolo después y presentando a las adoraciones del pueblo. Representaos a Jesús levantado en cruz entre cielo y tierra, como víctima y mediador entre Dios irritado y los pobres pecadores.

Adorad, ofreced esta divina víctima para expiación de vuestros pecados y los de vuestros parientes y amigos y de todos los hombres en general. Decidle del fondo del corazón prosternándoos a sus pies: “Sois mi señor y mi Dios.”

Adorad a Jesús extendido sobre el altar, como en otro tiempo sobre la cruz, adorando a su Padre en el anonadamiento más completo de su gloria, dándole gracias por cuantos bienes ha concedido a los hombres, que son hermanos suyos, y hermanos rescatados por El, mostrándole sus llagas aún abiertas, que claman gracia y misericordia por los pecadores, suplicando por nosotros con súplica tal, que el Padre en modo alguno puede dejar de escucharla, por venir de su Hijo, del Hijo inmolado por su gloria por puro amor.

Rendid a Jesús aquellas mismas adoraciones que El ofrece a su Padre. Os adoro, oh Salvador mío, realmente presente en este altar para renovar en mi favor el sacrificio del calvario. ¡A Vos que sois el Cordero todavía inmolado todos

los días, bendición, gloria y poder por los siglos de los siglos!

Os tributo y nunca cesaré de tributaros perpetuas acciones de gracias, porque me habéis amado tanto.

El sacerdote, profundamente inclinado, invoca la clemencia divina para sí y para todos.—Escuchad a Jesús decir a su Padre: Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen. Adorad esta bondad que hasta a los culpables excusa, no dándoles ni siquiera el nombre de enemigos o de verdugos.

¡Perdonadme, oh Salvador mío; más culpable que ellos soy yo; bien sabía que sois el Mesías, mi salvador y mi Dios, y, sin embargo, os he ofendido! Perdonadme, que vuestra misericordia será por lo mismo mayor y más digna de vuestro corazón; seré un pródigo, pero no por eso dejo de ser hijo vuestro, y heme arrepentido a vuestras plantas.

El sacerdote ruega por los muertos.—Jesús ruega en la cruz por los espiritualmente muertos, por los pecadores, y su oración convierte a uno de los criminales que comenzaron por insultarle y blasfemar contra El. “Acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino”, le dice el buen ladrón. Y Jesús le contesta: “Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso.”

¡Pueda también yo, Dios mío, hacer en la hora de la muerte la misma oración y oír la misma promesa! Acordaos de mí en aquel trance tremendo, así como os habéis acordado del ladrón penitente.

Al Pater, el sacerdote invoca al Padre celestial.—En la cruz Jesús encomienda su alma al Padre. Pedid la gracia de la perseverancia final.

Al Libera nos, el sacerdote pide la preservación de los males de esta vida.—A causa del amor que nos tiene, Jesús siente sed de nuevos sufrimientos y bebe hiel mezclada con vinagre para expiar nuestros pecados de gula.

El sacerdote divide la santa Hostia.—Jesús inclina la cabeza para dirigirnos una mirada más de amor, y expira diciendo: *Todo se ha consumado.*

Adora, alma mía, a Jesús que muere; su alma se ha separado de su cuerpo; repara en cómo ha muerto por ti, y aprende tú también a vivir y morir por El.

Pedid la gracia de una buena y santa muerte entre los brazos de Jesús, María y José.

Al Agnus Dei, el sacerdote se da tres golpes de pecho.—

Al expirar Jesús, el sol se eclipsa de dolor, la tierra se estre-
mece de horror y los sepulcros se abren, danse golpes de
pecho los verdugos, desagruan a Jesús pendiente en la
cruz, proclamándole hijo de Dios, y vuelven contritos y per-
donados. Uníos al pesar que entonces experimentaron, y
mereceréis perdón lo mismo que ellos.

El sacerdote se da golpes de pecho y comulga.—Jesús es
bajado de la cruz y puesto en las manos de su dolorosa ma-
dre. Embalsámanle, le envuelven en un lienzo blanco y le
colocan en un sepulcro nuevo.

¡Oh Jesús mío!, cuando venís a mi cuerpo y a mi alma,
mi corazón debiera ser, no ya sepulcro, sino templo adorna-
do con toda suerte de virtudes, blanco y puro, donde no reine
nadie más que Vos. Yo os ofrezco mi alma por morada:
habidad solo en ello y sed su dueño. Nunca sea yo para Vos
sepulcro de muerte, sino sagrario vivo. ¡Ah, sí, venid a mí
que sin Vos me muero!—Seguid al alma de Jesús cuando
baja a los limbos y anuncia a las almas de los justos su li-
beración. Uníos a su regocijo y gratitud y cobrad cariño para
siempre a vuestro salvador y Dios.

El sacerdote nurifica el cáliz y lo cubre con el velo.—Je-
sús sale del sepulcro glorioso y triunfante, si bien ocultando
por amor a los hombres el resplandor de su gloria.

Oraciones de acción de gracias.—Jesús invita a los suyos
a regocijarse por haber triunfado sobre la muerte y el in-
fierno. Uníos a la dicha de los discípulos y de las santas
mujeres al aparecérselos Jesús.

El sacerdote bendice al pueblo.—Jesús bendice a sus dis-
cípulos antes de subir al cielo; inclinaos bajo su mano y
esperadlo todo de esta bendición que produce lo que pro-
mete.

El sacerdote lee el último evangelio.—Casi siempre es el
de san Juan, en que se describe la generación eterna, tempo-
ral y espiritual del Verbo encarnado.

Adorad a Jesús, que ha subido al cielo para prepararnos
un puesto, contempladle reinando desde un trono de gloria
y enviando a los apóstoles su Espíritu de verdad y de amor.

Pedid que este divino Espíritu habite en vosotros; que
dirija cuanto vais a emprender hoy; que la gracia del santo
sacrificio os santifique todo el día y lo fecundice en obras
de gracia y salvación.

METODO PARA PARTICIPAR EN LA MISA UNIEN- DOSE AL ESPIRITU DEL SANTO SACRIFICIO

PUEDE dividirse la santa misa en tres partes: la primera va desde el comienzo al ofertorio; la segunda, desde el ofertorio hasta la Comunión; la tercera, desde la Comunión hasta el fin.

I

Cuando el sacerdote ore al pie del altar humillándose por sus faltas, confesad también vosotros vuestros pecados, adorad con humildad para asistir dignamente al santo Sacrificio.

Durante el *Introito*, tened presente los deseos de los patriarcas y de los profetas cuando aún no había venido el Mesías; desead como ellos que Jesucristo venga y establezca en vosotros su reinado.

Al *Gloria*, juntaos en espíritu con los ángeles para alabar a Dios y darle gracias por el misterio de la Encarnación.

Durante las *oraciones*, unid vuestras intenciones y demandas con las de la Iglesia; adorad al Dios de bondad de quien procede todo don.

La *Epístola*, escuchadla cual si oyerais a un profeta o a un apóstol; adorad la santidad de Dios.

Durante el *Evangelio*, escuchad al mismo Jesucristo que os habla, y adorad la verdad de Dios.

Decid el *Credo* con sentimientos de fe viva; renovad vuestra fe uniéndola a la de la Iglesia, protestando que dispuestos estáis a morir para defender todas las verdades del símbolo.

II

En la segunda parte de la misa unid vuestras intenciones con las de la Iglesia y ofreced el Sacrificio por estos cuatro fines:

1.º Como homenaje de suprema adoración, ofreciendo al eterno Padre las adoraciones de su hijo encarnado, y juntando las vuestras con las suyas y las de la Iglesia; ofreceos

vosotros mismos juntamente con Jesucristo para amarle y servirle.

2.º Como homenaje de agradecimiento ofreciéndoselo al Padre para darle gracias por los merecimientos, los dones y la gloria de Jesucristo; para darle asimismo gracias por los merecimientos y el honor de la Virgen santísima y de los santos todos, como también por cuantos beneficios habéis recibido o estáis por recibir merced a los merecimientos de su Hijo.

3.º Como hostia satisfactoria, ofreciéndosela por la satisfacción de todos vuestros pecados, por la expiación de tantos pecados como se cometen en el mundo; recordad al eterno Padre que nada puede negarnos, pues nos ha dado su hijo, el cual está en su acatamiento en estado de víctima y de sacrificio por nuestros pecados y los de todos los hombres.

4.º Como sacrificio impetratorio, o sea hostia de oración, ofreciéndoselo al Padre como prenda que de su amor nos ha dado, para que podamos esperar de El todos los bienes espirituales y temporales. Exponedle en detalle vuestras necesidades y pedidle sobre todo la gracia de corregiros de vuestro defecto dominante.

Al *Lavabo*, purificaos mediante un acto de contrición, a fin de hacer os verdadera hostia de alabanza agradable a Dios y capaz de atraer sus miradas de complacencia.

Al *Prefacio*, uníos al concierto de la corte celestial, para alabar, bendecir y glorificar al Dios tres veces santo por todos sus dones de gracia y de gloria, y en especial porque nos ha rescatado por medio de Jesucristo.

Durante el *Canon*, uníos a la piedad y al amor de todos los santos de la nueva ley, para celebrar dignamente esta nueva encarnación y nueva inmolación que se realizará a la sola palabra del sacerdote.

Suplicad al Padre celestial bendiga este sacrificio y lo acepte con agrado, bendiciendo también juntamente con El los demás sacrificios que le ofrezcáis.

Mientras el sacerdote, rodeado de una muchedumbre de ángeles, se inclina profundamente por respeto al acto divino que va a realizar; mientras consagra el pan y el vino en cuerpo y sangre del hombre Dios y renueva el misterio de la cena, hablando divinamente en persona de Jesucristo, admirad el poder inaudito concedido al sacerdote en favor vuestro.

Luego, una vez que a la palabra del sacerdote haya Jesús bajado al altar, adorad la hostia santa, el cáliz de la sangre de Jesucristo que clama misericordia por vosotros;

recibid, como Magdalena al pie de la cruz, la sangre que de las llagas de Jesús mana. Ofreced la divina víctima a la justicia de Dios por vosotros y por el mundo entero; ofrecedla a su divina e infinita misericordia para enternecer el corazón de Dios a vista de vuestras propias miserias y abrid sobre vosotros el manantial de la infinita bondad de Dios. Ofrecedla también a la bondad divina para que aplique sus frutos de luz y de paz a las almas que sufren en el purgatorio, para que esta sangre, acabando de purificarlas y extinguiendo las llamas, las haga dignas del paraíso.

Decid el *Pater* con Jesucristo perdonando en la cruz a sus enemigos; perdonad también vosotros de todo corazón y sinceramente a cuantos os hayan ofendido.

Al *Libera nos*, pedid, por intercesión de María y de todos los santos, que os libre de todos los males presentes, pasados y futuros, así como de las ocasiones de pecar.

Al *Agnus Dei*, daos golpes de pecho como los verdugos en el calvario; recogeos luego en actos de fe, humildad, confianza, amor y deseo para recibir a Jesucristo.

III

Si no comulgáis sacramentalmente, comulgad a menos espiritualmente haciendo los siguientes actos:

Concebid un gran deseo de uniros con Jesucristo, reconociendo la gran necesidad que tenéis de vivir de su vida.

Haced, apoyándoos en la bondad y santidad de Dios, un acto de contrición perfecta de todos vuestros pecados pasados y presentes.

Recibid espiritualmente a Jesucristo en el fondo de vuestra alma, pidiéndole que viváis únicamente para El, puesto que no podéis vivir más que por medio de El.

Imitad a Zaqueo en sus buenos propósitos, y dad gracias a nuestro Señor por haber podido asistir a la santa misa y hacer la comunión espiritual. Ofreced en acción de gracias algún obsequio particular, como un sacrificio o un acto de virtud, y pedid a Jesucristo su bendición para vosotros y para todos vuestros parientes y amigos.

METODO

PARA OÍR MISA MEDITANDO LAS SIETE PALABRAS QUE JESUCRISTO DIJO EN LA CRUZ

AL *Introibo*.—Jesús ruega por sus verdugos: *Pater, ignosce illis, non enim sciunt quid faciunt*. Padre, perdónales, que no saben lo que hacen. Pedid a Jesús os perdone vuestros pecados, a vosotros más culpables que sus verdugos, por cuanto le habéis crucificado conociéndole mejor.

Alas colectas.—El buen ladrón dice a Jesús: *Memento me cum veneris in regnum tuum*. Y Jesús le contesta: *Hodie mecum eris in paradiso: Hoy mismo estarás conmigo en el paraíso*.—El ladrón se muestra agradecido: une sus sufrimientos con los del Salvador. Haced la misma oración para el día de vuestra muerte y también para el día de hoy.

Al ofertorio.—Jesús da a san Juan por hijo a María. *Mulier, ecce filius tuus: Mujer, he ahí tu hijo*.—San Juan sucederá a Jesús en el título de hijo; con él, todos los hombres reciben a María por madre. Dad gracias a nuestro Señor por haberos dado tan buena madre; decid a María que os ame mucho y que os dirija en todo al servicio de Jesús.

Al Prefacio.—*Fili, ecce Mater tua: Hijo, he aquí tu Madre*.—Habéis sido dados a María por hijos. Agradeced mucho a nuestro Señor este hermoso título de hijos de María, que os da derecho sobre su corazón de madre y sobre todos sus bienes.

A la elevación.—*Sitio, ¡tengo sed!* Adorad a Jesús crucificado de nuevo sobre el altar, rogando a su Padre le deje sufrir una vez más por amor a los hombres y diciéndole: ¡Tengo sed! ¡Tengo sed de los corazones, sed de vuestra gloria! Sufrid juntamente con El para apagar su sed de sufrimientos, de salvación del mundo y de reparación de los ultrajes inferidos a la majestad de Dios.

Al Pater.—Dios mío, Dios mío, ¿por qué me habéis abandonado? *Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me?*—Adorad los santos e inefables abandonos de Dios, sufridos para expiar el haber nosotros culpablemente abandonado a Dios y su santa ley. Protestad que nunca más le abandonaréis.

A la Comunión.—Jesús muere diciendo: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum. Consummatum est. Padre, en tus manos entrego mi alma. Todo se ha consumado.* Adorad a Jesús que por la Comunión entrega en manos de todos los hombres cuerpo, sangre, alma y divinidad, todo cuanto es. Uníos al sacerdote y adorad a Jesús bajado de la cruz y recibido en los brazos de su santísima Madre. Tomadle también vosotros, apretadle contra vuestro corazón y que nunca salga de él.

DIRECTORIO PARA LA ACCION DE GRACIAS DE LA COMUNION

*Gratias Deo super inenarrabili
dono ejus.*

“Sea Dios loado por su inefable don.”

(II COR., IX, 15.)

EL momento más solemne del día es el consagrado a la acción de gracias, porque tenéis entonces a vuestra disposición al rey de cielos y tierra, a vuestro Salvador y juez muy dispuesto a concederos cuanto le pidáis.

Consagrad si podéis, media hora a la acción de gracias, o a lo menos, extremando las cosas, un cuarto de hora. Sería mejor, en caso de necesidad, abreviar el tiempo de la preparación, para prolongar el de la acción de gracias. Porque ¿cabe encontrar un momento más santo y más saludable que aquél en que poseéis a Jesús entero?

Es tentación corriente la de reducir la acción de gracias. Bien sabe el demonio lo que ésta vale, y el amor propio y la naturaleza temen sus efectos. Fijad determinado tiempo para la acción de gracias y nunca le quitéis ni siquiera un minuto sin una razón urgente.

La acción de gracias es absolutamente necesaria cuando no se quiere que un acto tan santo como la Comunión degenerare en mera costumbre piadosa. “Estad persuadidos, decía san Juan Bautista de la Salle a sus religiosos, que en toda la vida no hay mejor tiempo que el de la Comunión y el que la sigue, durante el cual tenéis la dicha de tratar cara a cara y de corazón con Jesús.”

El tiempo de acción de gracias es, por tanto, para nuestra alma, el momento de disfrutar de Aquel a quien ha recibido y a quien posee, de rendirle homenaje por lo mucho que nos ama, y al mismo tiempo de paladear las dulzuras confortantes de esta regaladísima posesión. Y no se trata, entendido bien, de satisfacer el egoísmo espiritual o una sensualidad más o menos mística; con ello no se hace más que cumplir con un doble deber que nos obliga, así para con el divino Huésped de la Comunión, que ciertamente merece nuestro aprecio y nuestras complacencias, como para con nuestra alma, la cual ha menester de cobrar nuevo vigor, de